

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
26 Octubre de 1889.
NÚMERO 56.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

RUPERTO CHAPI

Desde *Música Clásica* á la *Misa á gran orquesta*, ha conseguido el maestro Chapí una serie interminable de triunfos.

Fecundo como pocos, posee un numeroso repertorio de obras, aplaudísimas todas, entre las que merecen especial mención *El Milagro de la Virgen*, *La Tempestad*, *La Bruja*, *Los lobos marinos* y *Las Hijas del Zebedeo*.

En resumen: el distinguido autor de la *Fantasia morisca* es un músico de los que figuran en primer término por derecho propio, y una persona muy simpática, y dignísima por todos conceptos de figurar en nuestra galería de caricaturas.

¡Olé, porque sí!

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.

Seis meses..... 5 "

Ultramar y Extranjero.

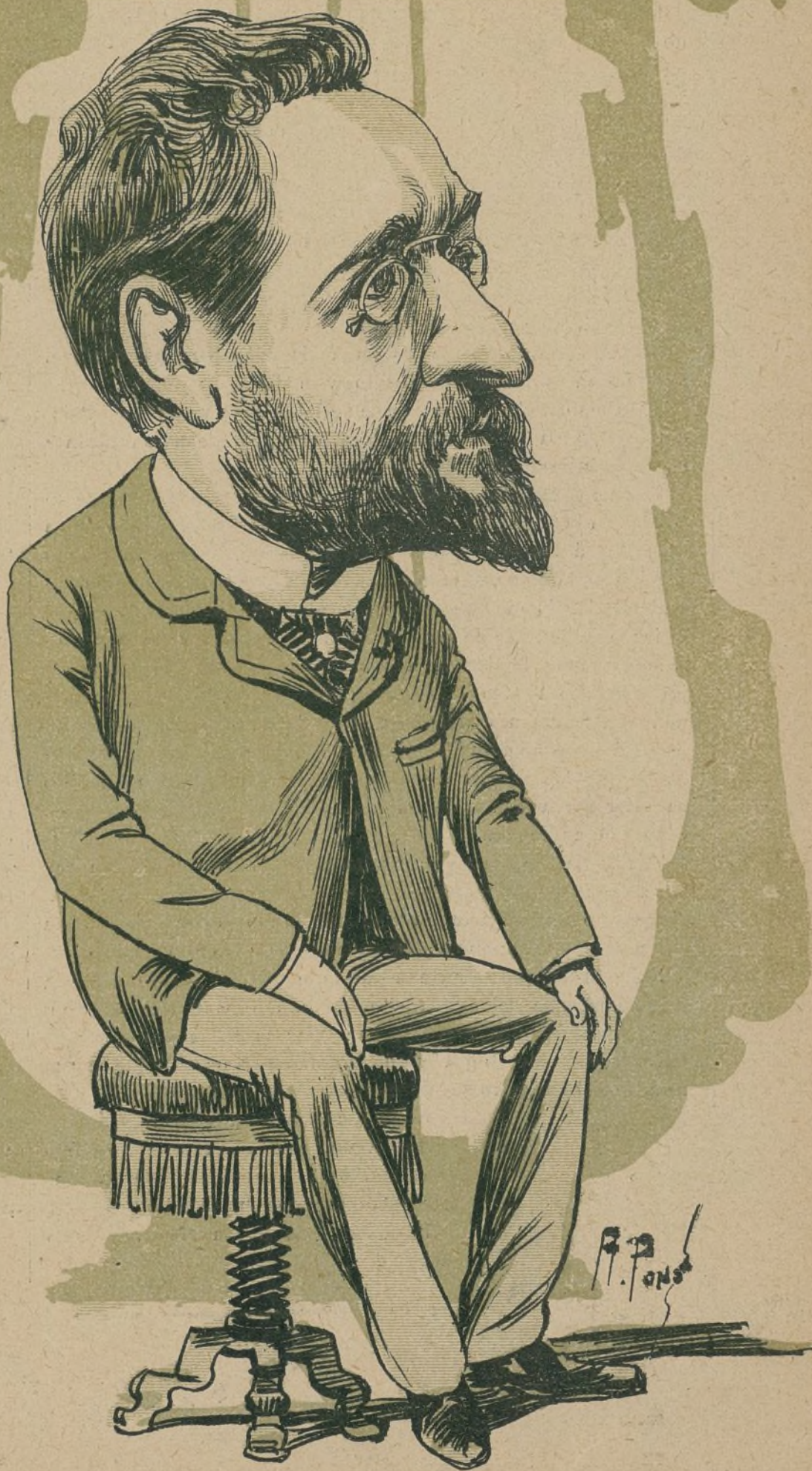
Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

" ATRASADO, 25 "

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



„En este cuatrimestre no se ha podido celebrar todavía ni un solo juicio por jurados por falta de asistencia de número de éstos para el sorteo.“
(Correspondencia de España del día 23 del corriente.)

Diario Cómico



La noticia es exacta.

Y desconsoladora.

Conste que yo soy partidario decidido y entusiasta del Jurado. La intervención del ciudadano en la administración de justicia me parece una garantía de acierto y de equidad, y un auxiliar poderoso para los Tribunales de derecho.

La ley es buena, buenísima.

La que es imposible, detestable y completamente absurda, dicho sea con el respeto debido, es la práctica de esta ley tal y conforme está hoy organizada.

Y esta es la explicación del suelto con que encabezamos estas líneas.

Desde primeros de Septiembre hasta la fecha, se han suspendido seis u ocho juicios—todos los que debían haberse celebrado—por la misma causa. Falta de número suficiente de jurados para constituir el tribunal.

En vista de tal resulta lo, preguntan los jueces de derecho, y no les falta razón: ¿Es esta la reforma que reclamaba la opinión pública?... ¿Dónde está esa opinión, que no viene aquí á cumplir los deberes que la práctica de esa ley le impone?...

«El jurado matará al jurado,» me decía sonriendo hace pocos días un respetable é ilustrado fiscal.

«Siguiendo así, no es posible administrar justicia,» exclamaba el mismo día un dignísimo magistrado, al suspender por tercera vez un juicio, por falta de asistencia de los jurados.

¿Pero es toda la culpa de éstos?...

Indudablemente no.

Se les cita á las doce en punto.

No hay ejemplo que se les haya llamado para constituir el tribunal antes de las dos ó las dos y media.

¿Y saben ustedes el local que en el magnífico y suntuoso Palacio de Justicia se les ha designado para que esperen durante esas dos interminables horas?...

Una habitación desmantelada, sin esterar, llena de desconchados en la pared, fría, incómoda, con dos bancos de madera adosados á los muros por todo mobiliario, bancos en que no pueden sentarse cómodamente más que doce ó catorce personas, teniendo los demás que pasearse ó recostarse sobre las paredes, á riesgo de llenarse de yeso las espaldas, como les ha ocurrido al señor conde de Morphi, al poeta Grilo, al doctor Izquierdo, al jurisconsulto Alonso Colmenares, al discretísimo escritor Fernández Bremón, al concejal Sr. Miranda Lillo, al dentista Pellejero y á otros cien, que hubieran dado con gusto un par de reales porque los ujieres les hubieran proporcionado un cepillo para darse una manita de limpieza y poder entrar decentitos en la sala de audiencia.

En alguna Sección se ha hecho esperar á los jurados en una de las salas de deliberaciones, y, vamos, aquello ya es otra cosa. Hay cierto *confort*, asientos cómodos, muebles decentes y hasta chimeneas, que suponemos se encenderán cuando haga frío.

Exige la ley que se reúnan por lo menos veintiocho jurados, y entre éstos se sortean catorce que han de constituir el tribunal; para reunir los veintiocho se citan cuarenta y dos, y aquí entra lo anómalo, lo que verdaderamente da ocasión á que casi nunca asista número suficiente para celebrar el juicio.

La explicación es muy sencilla.

Se conmina con la multa de 50 á 500 pesetas á los que falten á la cita, sin alegar para ello causa justificada.

Primero. ¿Se hacen efectivas estas multas?

Segundo. ¿Hay equidad en esta imposición?

Al asistir veintiocho, hay número suficiente. Se sortean los catorce que hacen falta, y los otros catorce se retiran. En este caso el juicio se celebra, y no se impone multa á nadie.

¿Por qué no se impone la multa á los catorce que han faltado, puesto que se citan cuarenta y dos?

Se da el caso de que se reúnen veinticinco. No se puede constituir el tribunal porque faltan tres, y entonces se multa á los diecisiete que han dejado de asistir.

Pues bien; sabiendo esto, todo el mundo se dice: «Veintiocho ya asistirán. ¿Para qué me he de molestar? A mí no me han de castigar por mi falta. Seré de los catorce que no acuden, y en paz.»

Y todos quieren ser de estos catorce.

Si añadimos á esto las excusas legales para eximirse de esta obligación; los que al momento de citarles se encuentran ausentes; los que han mudado de domicilio y los alguaciles del Juzgado no saben encontrarlos; los que han fallecido, etc., etc., se comprenderá lo difícil, si no imposible, que es reunir número suficiente para celebrar juicio.

En lo de las excusas hay cosas notables. Uno alega que es guardia municipal, el otro portero de un Ministerio, aquél empleado en Correos, éste en Telégrafos, el de más allá es subsecretario ó consejero de Estado, y el que no, es sordo.

Y ocurren escenas graciosísimas.

—Ruego al Sr. Presidente que me excuse porque no oigo nada de lo que se dice en el estrado.

—¿Está usted completamente sordo?

—Sí, señor.

El Presidente, en voz muy baja:

—¿De manera que no oye usted ni una palabra desde esta distancia?

—Absolutamente nada.

—¿Y cómo oye usted lo que le estoy preguntando en este momento?

El sordo, titubeando y abuecando la palma de la mano detrás de la oreja:

—Es que me apunta un compañero por detrás.

Tableau.

Creemos nosotros—y esto no pasa de ser una opinión particular—que mientras no se modifique la ley en el sentido de hacer efectivas con todo rigor las multas; mientras no se cite mayor número de jurados, evitándoles las molestias de las largas esperas en locales incómodos, y no se apriete un poco la mano en lo de las excusas legales, no aceptando sino las que rigurosamente deban ser aceptadas, no será viable la nueva institución.

Y conste, como dijimos al principio, que somos sus más decididos y entusiastas partidarios.

Y conste, también, que no hemos dejado de asistir cuando hemos sido llamados.

Y ahora caigo en la cuenta de que este *Diario cómico* me ha resultado serio.

¡Bah! ¡Por una vez!...

Dispensen mis amables lectores, pensando que al menos no se podrá decir de este articulejo aquello de...

Si non e vero, e ben trovato.

Todo lo contrario.

Si non e ben trovato, e vero.

E. NAVARRO GONZALVO.



FERNANDA RUSQUELLA

Teatro Albisu de la Habana.

Querido Navarro:
Que yo en dos plumadas
le cuente á las gentes
de fuera de casa
lo mucho que vale
la hermosa Fernanda,
me pides... ¡me ordenas!
esa es la palabra.
Bueno, pues escucha:
como dicen varias
notabilidades
que *viven* porque hablan,
«no estoy preparado...»
«en fin, no esperaba...»
«mas ya que es preciso,
me resigno.» (Palmas.)
Como esos señores
que *no se preparan*,
estoy yo esta tarde.
(Risas.) Que no es guasa.
¡Si yo no lo he dicho
por darme importancia!
Prosigo el discurso:
oiga usted (al que pasa):
Compre LOS MADRILES;
mire usted esta cara
(muchos se han quedado
bizcos de mirarla).
Esta es la Rusquilla,
la tiple mimada
desde hace ya tiempo
por toda la Habana.
Su cuna es Sevilla;



FERNANDA RUSQUELLA. — Primera tiple.

lo cual que eso basta
para que se encuentre
por donde ella pasa,
la sal andaluza,
¡pero á toneladas!

Yo he visto mujeres
con talento y guapas,
pero con defectos
que á la vista saltan:
el pesenezo flaco,
ó las manos largas,
ó la frente hundida...
ó con otras tachas;
ya porque son sosas,
ya porque son altas,
ya por ser ligeras,
ya por ser livianas.

Pero que reúnan
virtudes y gracias,
talento y belleza,
pocas veces se hallan.

¡Pues todo eso tiene
la hermosa Fernanda!
¿Qué mucho que sea
la tiple mimada
desde hace cinco años
por toda la Habana,
si cuando ella dice,
ó cuando ella canta,
á los habaneros
se les cae la baba?

(Gran ovación. Conmovido,
el orador se desmaya,
y no puede seguir en
el uso de la palabra.)

FRANCISCO DURANTE.

PACOTILLA

Leo que al cosechero de Jerez, Sr. Misa, que ya es conde de Bayona, le acaban de hacer marqués de Misa.

Me parece que ese título es algo deficiente.

Por lo menos, ya que no marqués de Misa y Olla, le han debido nombrar marqués de Misa y Cántaro.

De todos modos, suponiendo atino,
que será condición del pergamino,
con el cual á meter va tanta bulla,
que si el marqués de Misa vende vino,
¡lo venda sin casulla!

¡Lo que hace la manzanilla!

En Sanlúcar de Barrameda han sido pelados y afeitados varios individuos contra su gusto, por personas constituidas en autoridad.

¡Olé la gracia sanluqueña!

Se conoce que allí las autoridades no tienen nada que hacer, y se entretienen *tomando el pelo* á los vecinos.

Lo peor es que han procesado á esas autoridades... barberiles.

¿Pero por qué? ¿En qué han faltado á la ley municipal?

¡Ah, sí, ya caigo! Es que les han pelado y afeitado sin las formalidades de subasta.

¡Vamos, por administración!

Y como esa es una obra *peñaguda*, será de las que la ley exige que se subasten, para evitar chanchullos.

Será, por consiguiente,
para otra vez prudente,
—pues eso nunca sobra—
¡formar un expediente
y subastar la obra!

He leído estos días en los periódicos que han procesado á un general por bigamia.

Comprendería que á un particular le procesaran por eso.

¡Pero á un general!... ¿De qué sirve la *generalidad* entonces?

¡Al contrario! Debería de crearse la cruz del *Mérito matrimonial* para los generales que se casaran con tres ó cuatro mujeres á un tiempo.

—Todo lo cura, todo lo remedia
el gran agua de Lourdes, me decía,
sin dejar de hacer media,
doña Consolación el otro día.

—¿De veras? dije: ¿tanto es su poder
y su eficacia tal? Pues con premura
voy á pedir una botella: ¡á ver
si me vuelve á salir la dentadura!

Han desaparecido en Salamanca
dos distinguidos jóvenes, muy calaveras,
y se han ido con ellos, de *juerga* franca,
por el amor movidas, dos camareras.

Si el día que se casen con otros seres
esos dos seductores sufren desmayos,
les dirán, de seguro, sus dos mujeres:
—¡Para qué os han servido tantos ensayos!

En un café.

Uno (leyendo un periódico).—¿Qué quiere decir esto de *sheriffiano*?

Su acompañante.—¡Que me pagues un *bisté* con patatas!

Dos jóvenes sordomudos
se han casado en Villafranca.
Como ella tenga mal genio,
antes de un mes... ¡los dos hablan!

Anuncio de un periódico:

«Ama de cría autorizada por el Gobierno de la provincia.»

Ha hecho mal en omitir
su mérito principal,
porque ha debido añadir:
Leche fresca... y oficial.

Dicen de la Coruña que el otro día se armó allí un caramillo entre varias criadas que se disputaban un asistente.

¡Anda! ¡Y yo que creía
que estábamos los hombres en mayoría!

Por eso son tan frecuentes, sin duda, las fugas amorosas.
¡Claro! Se llevan las chicas á sus novios para esconderlos donde no se los birlen.

Nada, que por lo visto hay para cada hombre diez ó doce mujeres.

Pero alguno debe de haber arramplado con veintitrés.

¡Las suyas y las que me tocan á mí!

Es decir, las que me corresponden; no confundamos.

—De la cárcel de Belgrado
un criminal se ha fugado.
—¡Caramba! ¿De veras?

—Sí.
—¡Me deja usted asombrado!
—¿De qué? ¿De que se ha largado?
—¡De que aún estuviera allí!

JOSÉ ESTRANÍ.



LOS MADRILES.



—¡Bah, tontillar! ¿Sabes tú cómo es una pulsera de doscientas pesetas?
—¡Ay, no, señor! ¡Ni unas botas de veinticinco!



—Dicen que para estos papeles llamativos me pinto sola. ¿Pues qué querían, que me pintara con el cuarto lleno de gente?



—¡Mamarracho! ¡En una obra del siglo XVIII sacar un traje del siglo XIII!

—¿Usted no sabe, amigo mío, que de la casaca para atrás todas las obras las vestimos con dalmática? No se usaba otra cosa.



—No sé yo por qué las ligas han de ser verdes. ¿Qué tienen que ver con que la obra esté bien ó mal verificada?

LOS MADRILES



Amor mío al levantarse el pie levan-
tar con él mi colarón y todo mi cuecel-
po. Glatalo con carino que no
tengo otro. Pepino &

LOS MADRILES

CANTARES (1)

En los cielos iba á entrar
cuando me dijo San Pedro:
—«Si no la olvidas, no entras;»
y me volví desde el cielo.

Hay penas que pasan
y penas que duran;
la de verse en el mundo sin madre
no se acaba nunca.

Vierten su llanto las nubes
y lo recoge la tierra;
¡lágrimas que yo derramo
nadie quiere recogerlas!

Defensor de malas causas
han dado en llamarme á mí;
¡qué dijeran si supieran
que te he defendido á tí!

— ¡Qué pena tengo,
¡ay, madre mía!
las veces que la encuentro por esas
nunca me mira. [calles

Hasta los jilgueros
que tengo en mi casa,
al ver que le faltan tus dulces caricias,
ni juegan ni cantan.

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR.

(1) Estos cantares forman parte de la cuarta edición, próxima á publicarse, de la colección de su autor, denominada *Más notas perdidas*.

LAS ESTACIONES

En el Album de la señorita doña C. L. y G.

Quince abríles virginales,
blanca tez, azules ojos,
boca breve, labios rojos,
contornos esculturales,
abundante cabellera,
esbeltez y lozanía,
gracia, viveza, alegría,
frescura... ¡La Primavera!

¡Veinte años! Apasionada
del esposo que la adora,
contenta, feliz, señora
y reina de su morada;
sol refulgente y ufano
que con sus rayos convida
á dar vida á nueva vida
que el alma anhela... ¡El Verano!

Madre tierna y amorosa
que olvida el mundo y sus galas
y que ve un niño con alas
sobre los suyos, gozosa:

guarda del tierno retoño,
que se duerme al tibio beso
del maternal embeleso
tranquilamente... ¡El Otoño!

Y la anciana venerable,
que, tranquila la conciencia,
vislumbra de otra existencia
la ventura perdurable:
que disfruta el goce tierno
de santa resignación,
cuando tiembla una oración
en sus labios... ¡El Invierno!

Mujer, si en pos de las huellas
de la virtud, en tu vida,
pasas con la frente erguida
por estaciones tan bellas,
¡bendito el poder eterno
que hizo con pródiga mano,
la Primavera, el Verano,
el Otoño y el Invierno!

JAVIER DE BURGOS.

El Sol.

Vedle; es el sol. Su resplandor fecundo
Por los aires se extiende soberano,
Y su luz desde el rojo meridiano
Como una bendición envuelve al mundo:
El hace de la tierra en lo profundo
Latir la vida y florecer el grano:
Y esclavo de su influjo, el Océano
Reposa en calma ó muévase iracundo.
Al beso de su luz la flor germina,
Brilla y se azula el éter incoloro,
Se alegra el corazón y el ave trina;
Y pródigo vertiendo su tesoro
Cuando con sus fulgores le ilumina
Hasta el guijarro vil parece de oro.

ATAÚLFO FRIERA.

CANTARES

Eres la luz de mi gloria;
la estrella de mi esperanza;
la virgen de mis ensueños,
y la reina de mi alma.

De mi corazón no puedo
impedir que te diviertas,
porque es tuyo, y con lo tuyo
puedes hacer lo que quieras.

En vez de salvarme en misa,
siempre que voy me condeno;
porque me pongo á mirarte
y del altar no me acuerdo.

Tiene hambre su hijo,
y vende sus trenzas.
¡Si mi vida valiera dinero,
la daba por ellas!

Si tú lo supieras
lo que yo te quiero,
para hacerme sufrir te valdrías
de todas las penas...
¡menos darme celos!

Si fundiéramos el sol
y con él se hiciesen hebras,
no brillaran como brillan
las que hay en tu cabellera.

En tus cabellos, el día,
la noche en tus ojos negros,
y en la noche de tus ojos,
el brillo de tus cabellos.

EDUARDO GARCÍA.

MORRIÑA

«Lo de Rogelín es tan natural en un rapaz, que sería para hacerse cruces si no sucediese. ¡Claro! Una mujer agraciada de veinticinco, y mimosina; un rapaz de veinte... ¿qué había de pasar, señora? Que hoy te miro, que mañana te toco, que el cariño en el pasillo, que el retozo en la antesala... ¡Rapazadas que se caen de suyo!»

¡Y tanto como se caen! Lo extraordinario, lo absurdo sería que no se cayeran...; pero, cáiganse ó no se caigan, el hecho es que en esas *cortas líneas* se halla expuesta gráficamente la trama toda de un trabajo muy lindo y muy primorosamente acabado de nuestro gran novelista *Emilia Pardo Bazán*.

¡Qué cosa más natural y más sencilla y más corriente! Una muchacha de veinticinco años, bonita por añadidura, y cariñosa *ainda*, entra á servir de

doncella en una casa muy respetable y muy todo lo que ustedes quieran, pero en la cual hay un señorito de veinte años; pasan días, pasan meses, y por fin de cuenta, resulta que los muchachos se entienden; nadie puede asegurar con certeza si es la criada la que ha seducido al señorito, ó si es el señorito el que ha seducido á la criada; en muchos casos sucede lo primero, en algunos ocurre lo segundo; pero en la mayoría de ellos la seducción es mutua, es el resultado necesario, indeclinable de la atracción entre las electricidades de signos contrarios; es el efecto constante de la eterna causa; la simpatía de los sexos; es, en fin, lo que llamaba el vulgo *el soplo del diablo*, cuando creían las gentes en el diablo. Esto es usual y ordinario; cosas de esas acontecen todos los días, y sabemos de ellas, y ni nos sobresaltan, ni nos asombran. Y aquí entra el admirar la magia del arte, el prodigioso poder del artista. Cien personas, mil personas, un millón de personas tienen noticias de un acontecimiento parecido, y que tal vez se ha desarrollado cerca de ellas, y ese acontecimiento nada dice á su imaginación ni á su inteligencia, y lo ven indiferentes, como ven todos los días la puesta del sol; y se encogen de hombros y, cuando más, dicen, en tono sentencioso: «¡Bah! ¡Cosas de la vida!» Quizá una, entre esas personas, halla asunto en un hecho de tal índole para una relación entretenida y alegre con notas de tintes pornográficos; un poeta... un artista... un novelador como Emilia Pardo Bazán, encierra en su cerebro ese suceso, y poco tiempo después lo devuelve al mundo convertido en

un cuadro admirable... que se llama MORRIÑA.

Que el gran novelista no da á luz el hecho mundo y lironde; que no se limita á presentarnos *escueta* la escena de amor real y naturalísimo, *va sans dire*... amenízalo con interesantes episodios, con descripciones llenas de exactitud y sembradas de gracia, con retratos de personajes y escenas de familia en que se revelan juntamente la sensibilidad exquisita del poeta y la observación inteligente del hombre de mundo...

Aquella doña Aurora Nogueira de Pardiñas... ¡oh! aquella doña Aurora es una gran figura... Yo no sé, porque no estoy al tanto de esas cosas, si parecerá bien y propio del personaje su afición á labores tan prosaicas y vulgarotas como hacer calceta... al fin y al cabo, la acción se verifica en nuestros días—como que hasta LOS MADRILES andan, muy honrados por cierto, en aquellas páginas—y eso de *crecer* y *menguar* dicen que era cosa de nuestras madres; pero ya se comprende que este reparo, puesto caso de que lo sea, tiene muy poca importancia y no llega á ser ni siquiera un lunar en el bellissimo lienzo en el que aparecen como figuras principales la mencionada doña Aurora;—su hijo Rogelio, muchacho muy agradable y muy simpático, siempre que no se las echa de revoltoso y dicharachero, porque en ese caso no hay quien lo agnante, y *Esclavitud*, una creación hermosísima de la señora Pardo Bazán... creación á la que tal vez ha perjudicado un poco el cariño mismo de la autora, como sucede quizá con los niños muy mimados, cuya educación se resiente del excesivo cariño y de la debilidad perniciosa que con ellos tuvieron sus padres.

Esclavitud parece la niña mimada del autor de *Morriña*, y resulta algo enteca y un si es no es desmedrada y lamida; pero así y todo, ¡qué noble es, y qué bella parece!

Las figuras de segundo término, y aun las de tercero... todas ellas, desde los íntimos amigos y contertulios de doña Aurora, hasta los cocheros que sirven al señorito... están perfectamente entendidas y presentadas con arte y exquisito gusto.

Y de la parte material no hablo, porque la casa Sucesores de Ramírez, de Barcelona, tiene ya probado cómo sabe hacer las cosas. Las ilustraciones, de Cabrinety, me parecen dignas de la obra. No me ocurre decir más en su elogio.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.



LAS CASTAÑERAS

Con el tiempo pasó todo,
con el tiempo todo cambia,
y con el tiempo, los usos,
modas y costumbres pasan.
Ahora no se encuentra asando
las otoñales castañas
á la moza de alto moño
con la peineta de nácar,
el epigrama en los labios,
y la sonrisa en la cara.
No existen ya aquellos tipos
de castañeras picadas,
que en Barquillo y Maravillas
y Lavapiés se encontraban,
junto á su anafe de yeso
que ennegrecían las ascuas.

Las que con sus alborotos,
sus amores y sus gracias,
daban pávulo á los cuentos
de San Felipe en las gradas;
las que en viendo á un petimetre
cortejando á una muchacha,
pregonaban lo ardorosas
que se hallaban sus castañas;
las que en su oficio constantes,
oyendo amantes palabras,
al noble como al villano
con su desdén abrasaban,
el tiempo dejó en olvido,
que todo el tiempo lo cambia.
La castañera de hogano,
de los cincuenta años pasa;

arrugas y pesadumbres
transfiguraron su cara,
y en vez de rojos claveles,
y en vez de media calada,
y en vez de escuchar amores
y de infundir esperanzas,
resguarda cabeza y rostro
de cierzos del Guadarrama,
un pañuelillo de seda
lleno de rotos y manchas;
son su adorno los tiznones
de las castañas asadas,
y en vez de inspirar amores
asa tan sólo castañas.
Vive, como vive el pobre,
sufrir los hielos y el agua,

y su corazón anciano
se halla vestido de escarcha.
Apagada está su vista
y su voz está apagada,
marchitas sus ilusiones,
y su cabeza con canas.
Cuando el sueño al fin la rinde
y el vociferar la cansa,
arrebujada entre esteras
de ellas formando su cama,
sueña en su anafe de yeso,
sueña en que vende castañas,
y se despierta gritando:
¡cuántas, calentitas, cuántas!

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

EL AVESTRUZ

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS.—(Continuación.) (Véase el núm. 55.)

SALIERON juntos.

Martinot (Pablo) parecía haber realizado un gran sacrificio.

Los dos amigos se dirigieron al café Helder, donde Bellat aguardaba pacientemente hacía largo rato.

Bellat, como sus dos compadres, vendría á tener unos treinta y cuatro años, estaba condecorado, y tenía cierta reputación como ingeniero. En el fondo era un buen muchacho. Sus camaradas solían decir, refiriéndose á él:

—Bellat es fuerte, robusto, trabajador; él llegará.

No se explica cómo un hombre ligero y distraído como Busquet, había elegido la carrera de medicina, y, sobre todo, formado lazos de tan cordial amistad con un hombre serio y grave como Bellat. Y es que los extremos se tocan, y los caracteres más opuestos tienden á encontrarse y á simpatizar.

La presentación y el reconocimiento fué obra de un minuto. Tomaron algunas copitas, no sé de qué

aperitivo, sin duda como preparación de una buena comida, y Bellat pagó.

A las siete y media, el terceto se puso en marcha, y, riendo alegremente y recordando episodios de su vida de colegiales, dirigieron sus pasos hacia el café Inglés.

El menú fué excelente, bien servido y mejor comido; Busquet, sobre todo, cuya nariz era enorme, sentía que su tez se irisaba con todos los tonos de una rosa de té. Bellat,

como anfitrión, era el más prudente y comedido. En cuanto al buen Martinot (Pablo), bebía como un desesperado, y al llegar los helados, comenzó á referir historias tristes, á decir gracias lúgubres.



está muchísimo más cerca de París.

Al separarse, Busquet, abrazó cariñosamente á Martinot (Pablo), diciéndole:

—Adios, chico. Afectos á tu mujer. Ya le enviaré un recuerdo.

Dicho esto se separaron.

Al día siguiente los trabajos oficinescos no anduvieron en el negociado de que era jefe Martinot todo lo bien que hubiera sido de desear.

(Se continuará.)

PROPIO Y AJENO

¿Cuál gritan esos malditos,—pero mal rayo me parta.—Así comienza el Tenorio—y así acaba la semana.—¡Canario! Grita en Martín,—en la Zarzuela, en Eslava.—En la Alhambra, no se diga,—allí es de cajón, y basta;—quiero decir, que no es fina;—los morenos se desatan,—y aquello, más que teatro,—puede decirse que es plaza—de Toros; ¡vaya una bulla—que aquellos señores arman!—La Comedia, templo augusto—del arte, mansión sagrada,—donde el pontífice Mario—con honra y tesón trabaja,—también tuvo su tropiezo.—¡No se escapa ni una rata!—¡Ojo avizor, compañeros!—porque está la temporada—que no cabe más, y atizan—de una manera que espanta.—¡Entrenar! ¡Cualquiera estrena—con estas gritas que largan!

En la *Epístola sobre el Teatro moderno*, del Sr. D. Luis Cánovas, publicada en el núm. 54, se deslizó una errata de imprenta.

ta, que seguramente habrá corregido el buen sentido de nuestros lectores.

En el verso *No creas sistemáticos mis truenos*, no hay tal tronada, por más que el autor truena contra la actual decadencia de nuestro teatro; quiso decir trenos, y está bien, muy bien dicho, y no es justo que le hagamos decir otra cosa, ni apadrinar ripios que no son suyos.

Libros recibidos:

COLECCIÓN CONTEMPORÁNEA (novelas cortas): vol. XV.—Con el título de *El señor Carrascas*, ha enriquecido esta acreditada biblioteca con un nuevo libro el distinguido literato Sr. Pérez Nieva. Es *El señor Carrascas* un relato conmovedor y lleno de encantadora sencillez, en el cual acredita el autor, una vez más, sus excelentes condiciones para el género que con tanto acierto viene cultivando.

